

Inocencio F. Arias

Embajador de España

“Carmen, la bibliotecaria de mi pueblo, era una buena consejera”

No soy un entusiasta de la tableta. Compré un *kindle* hace unos tres años, estoy incluso leyendo en él una de las obras de Michael Connelly, mi maestro actual de la novela policiaca, pero disfruto más con un libro de papel en la mano. Aun viajando en metro o en autobús, donde la tableta es muy cómoda, ir tocando el papel parece más sabroso.

Leer en casa en el sillón y con la luz adecuada, de noche o temprano por la mañana cuando no suena el teléfono, puede ser un festín. Con todo, si vives en una capital y has de utilizar el transporte público –los jubilados lo hacemos profusamente– puedes devorar una buena obra en poco tiempo. En el metro madrileño se ve un número considerable de lectores, en la escandalosa proporción de 3-1 favorable a las mujeres, y no comprendo cómo aún hay personas que, teniendo una cierta afición a la lectura, hacen todos los días el recorrido sentados en el metro o en el autobús pensando en las musarañas sin enfrascarse en las atrayentes páginas de una buena novela. El vicepresidente mundial de Coca Cola me comentó, en mi época de Naciones Unidas, que viviendo un tanto retirado de Nueva York, se zampaba el periódico en el viaje en tren a la ciudad y luego, desde la estación, a su oficina, iba a pie, se encasquetaba unos auriculares e iba oyendo un relato. Gran cantidad de libros engulló de esa forma.

Hay gente que se queja del precio de los libros. Eso les impediría leer más. Es una excusa endeble. Hay libros de bolsillo enormemente asequibles y España, aunque peor dotada que otros países desarrollados, cuenta ya con una red de bibliotecas no despreciable. Visité hace días la excelente de Cabra en Córdoba. No sólo tiene un rico fondo y unas salas espaciosas sino que te prestan tres libros para dos semanas. ¿Puede un aficionado quejarse de no poder adquirir un libro?

En el pueblo en que me crié, Vélez Blanco en Almería, no había librería y pedíamos los tebeos (con Carpanta, Zipi y Zape...) amén de los de *El guerrero del antifaz*, *Hazañas bélicas*, más tarde las novelas de *El Coyote* de J. Mallorquín, sabíamos de memoria los tics sardónicos de su protagonista César de Echague y Azevedo, a editoriales de Barcelona, ciudad que ya entonces dominaba el mercado nacional de la publicación. Llegaban los pequeños lotes por reembolso y acechábamos la aparición del jovial Gregorio el cartero con su suculento paquete. En los cincuenta existía ya una modesta pero aseada biblioteca. Allí leímos a Tolstoy, Stefan Zweig, Chesterton, Vicky Baum, Dickens, Walter Scott, Salgari... pedimos prestados *Los cipreses crean en Dios* de Gironella, *Historia de una escalera* de Buelo Vallejo, *Nada* de Laforet, varias de Delibes y *Lo que el viento se llevó* de la millonaria señora Mitchell. La bibliotecaria,

Carmen, era flexible en el plazo de la devolución y buena consejera a la hora de decirte quiénes y cuántos del pueblo habían piropeado una obra determinada. Esta encuesta oral, conociendo a los citados por la sensata Carmen, constituía un buen barómetro.

Los diplomáticos no nos retiramos con fortunas, una profesión con sueldo estatal no da para demasiado, pero sí con un par de cómodas antiguas, algunas alfombras y muy amplias bibliotecas. Varios

“La Public Library en Nueva York, imponente, donde encuentras todo, puede que sea la más completa del mundo, y que, milagros de Estados Unidos, se mantiene con solo el 22% de su presupuesto de aportación oficial, el resto viene de donaciones privadas”.

miles de libros, con frecuencia. En muchas de los de mi generación se repiten los títulos. Los franceses Camus, Sartre, Françoise Sagan, Raymond Aron, Stendhal, Duverger... han ido clamorosamente cediendo terreno, como ha ocurrido en el cine o en la prensa, a autores sajones, Evelyn Waugh, Salinger, Kissinger, McEwan, Barnes, Niall Ferguson, Gore Vidal, Conrad, el inimitable Raymond Chandler, el citado Connelly y hasta Woody Allen. Los españoles Javier Marías, Muñoz Molina y Prada, así como los parientes sudacas G. Marquez y Vargas Llosa brotan también en todos los anaqueles. Son probablemente, los de las dos últimas categorías, los que más regalamos. Yo tengo un rincón especial con Monterroso y una amplia estantería con libros que me han dedicado y que he encuadernado, es una gozada palparlos cuando los degustas, en los países en que he estado destinado y donde la encuadernación era asequible. A Chejov lo he encuadernado porque sí, es simplemente un genio.

No voy últimamente a bibliotecas a leer. Pienso que difícilmente podré concluir tres cuartas partes de los volúmenes que tengo esparcidos por mi casa. He frecuentado, con todo, varias para consultas cuando escribo un libro. La Public Library en Nueva York, imponente, donde encuentras todo, puede que sea la más completa del mundo, y que, milagros de Estados Unidos, se mantiene con solo el 22% de su presupuesto de aportación oficial, el

resto viene de donaciones privadas; y la muy agradable y silenciosa de la Escuela Diplomática de Madrid cuando trabajaba en mi reciente *Me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero* (Los presidentes y la diplomacia).

En otras bibliotecas españolas he encontrado una atención cuidada y profesional. Solo tomo notas en estas últimas, los usuarios respetan celosamente tu trabajo y puedes trabajar muy satisfactoriamente. Ahora bien, pende sobre mí un mal fario. Si paso de las anotaciones a redactar un capítulo de mi obra en gestación, pronto llegará una persona que, muy amablemente, me susurra algo sobre el Real Madrid, las bondades y maldades de Mourinho, etc... Has de responderle, el tipo es muy educado, y pierdes la concentración.



El misterio es por qué al cortés intruso no se le ocurre abordarte ni cuando lees ni cuando estás fusilando algo de Churchill o de Robert Frost. Solo cuando te concentras en alumbrar tu capítulo, no antes, a él se le aparece Mourinho, ¿redentor?, ¿inquietante?, y llega el acuciante comentario. Hay que irse a casa a pesar del placentero ambiente.▲

Ficha técnica

AUTOR: Redacción *Mi Biblioteca*.

FOTOGRAFÍAS: Duch, Oliver-El Heraldo (interior) y La Razón (portadilla).

TÍTULO: "Carmen, la bibliotecaria de mi pueblo, era una buena consejera". Inocencio F. Arias. Embajador de España.

RESUMEN: Chicho Arias, embajador de España, nos desvela en este texto cuáles son sus gustos a la hora de leer (prefiere el papel, mucho más sabroso que el libro electrónico), cómo le gusta disfrutar de la lectura en casa mientras no haya interrupciones telefónicas y cómo aprovecha el tiempo leyendo a la hora de viajar en transporte público. Además, nos cuenta cuáles fueron sus primeras lecturas en la infancia, en Vélez Blanco (Almería) y sus recuerdos sobre la bibliotecaria de aquella localidad. Asimismo nos explica qué tipo de libros forman su biblioteca personal y cómo la lectura le lleva a la escritura, siempre que le dejen...

MATERIAS: Arias Llamas, Inocencio F. / Diplomáticos / Entrevistas.

Pastillas contra el dolor ajeno

Tú las tomas,
otros se curan



**Cómpralas en tu farmacia
por sólo 1€, y ayúdanos a tratar a miles
de enfermos olvidados**

Contienen 6 Caramelos de menta

